

María Juliana Martínez Orozco. *Más allá del fantasma*

Bogotá, Universidad de los Andes/ Universidad Tadeo Lozano, 2024, 314pp.

ISBN9789587983920 (rústica)

ISBN9789587983937 (electrónico).

Maite Villoria Nolla / *The University of the West Indies*

“Colombia es un país de fantasmas”. Con esta afirmación, Juliana Martínez abre *Más allá del fantasma* y sitúa al lector en un territorio marcado por décadas de violencias superpuestas —conflicto armado, narcotráfico, paramilitarismo, violencia estatal y desplazamientos forzados— que persisten incluso después de los acuerdos de paz de 2016. Surge así la pregunta central en su trabajo: ¿cómo representar culturalmente una violencia que no termina de pasar y cuyos efectos siguen operando en el presente?

Martínez propone una respuesta original para examinar cómo ciertas obras literarias, cinematográficas y artísticas colombianas contemporáneas afrontan el problema ético y estético de narrar una violencia persistente: *el realismo espectral*. Esta categoría crítica articula la espectralidad de Jacques Derrida y la noción de *haunting* de Avery Gordon, donde el espectro no se entiende como figura sobrenatural literal, sino como una presencia que irrumpe en el presente, fractura la linealidad temporal y desestabiliza las narrativas oficiales de progreso y reconciliación. Lo espectral, de este modo, no se define por lo que “es”, sino por lo que “produce”: efectos de dislocación temporal, reaparición e interrupción narrativa, extrañamiento perceptivo y activación crítica de la memoria. Para Martínez, el espectro encarna la persistencia de lo no resuelto, la exigencia de justicia y la necesidad de nombrar lo silenciado, cuestionando la tradición del realismo clásico, principalmente occidental — Balzac, Clarín, etc. — donde la visión equivalía a poder y control. En el realismo espectral, la mirada es vulnerable, expuesta y desestabilizada, incapaz de dominar aquello que observa. Esta lógica se articula también en los trabajos analizados con la noción de espacio liso y estriado de Deleuze y Guattari — siendo el “liso” un espacio no codificado, continuo, abierto y dominado por relaciones intensivas y movimiento sin medida predeterminada, mientras que el espacio estriado es un espacio medido, regulado y segmentado por estructuras de control que operan como mapas, coordenadas o límites funcionales.

La propuesta de Martínez se sitúa dentro de una genealogía crítica de las representaciones de la violencia en Colombia. Martínez revisa la literatura posterior al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, la novela de *La Violencia o de los 50*, caracterizada por retahílas de escenas violentas que descuidan la dimensión subjetiva, desplazándose después hacia lo real

maravilloso formulado por Alejo Carpentier, precursor del realismo mágico asociado a Gabriel García Márquez y otros escritores del Boom. Aunque este paradigma permitió narrar la violencia sin recurrir al realismo crudo de las novelas de *La Violencia*, Martínez sostiene que se agotó y se volvió una fórmula exportable internacionalmente, susceptible de exotización. De manera similar, el realismo urbano, la “sicaresca” y las estéticas del narcotráfico no lograron escapar al riesgo de convertir la violencia en espectáculo o mercancía cultural. Frente a estas limitaciones, el *realismo espectral* emerge como alternativa crítica que desplaza la representación explícita hacia los efectos, las ausencias, las huellas y las zonas de indeterminación perceptiva.

El libro se estructura en tres capítulos analíticos dedicados a literatura, cine y artes visuales, precedidos por una sólida introducción teórica y seguidos de un epílogo conceptual. Martínez articula un marco interdisciplinario que dialoga con Jacques Derrida, Avery Gordon, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Judith Butler, Laura Mulvey entre otros. Este andamiaje le permite sostener que el *realismo espectral* profundiza el compromiso con la realidad al cuestionar la ilusión de transparencia visual y la estabilidad espacio-temporal del realismo clásico, proponiendo en su lugar una experiencia basada en la opacidad, la discontinuidad y la vulnerabilidad de la mirada.

El primer capítulo examina *En el lejero* (2003) y *Los ejércitos* (2007), de Evelio Rosero, como configuraciones de “paisajes espectrales de desaparición”. En estas novelas, la violencia es tanto temática como formal: fragmentación del espacio, niebla, desorientación perceptiva e inestabilidad narrativa convierten el mundo representado en un territorio opaco. En diálogo con los conceptos de espacio liso y estriado, Martínez muestra espacios desolados, guardaderos, calles devastadas oscilan entre la rigidez del control territorial y la indeterminación caótica, materializando la imposibilidad de ver con claridad una violencia que en el discurso estatal y mediático tiende a normalizar u ocultar. La visión ya no otorga control ni poder, sino exposición, fragilidad y pérdida. En *Los ejércitos*, la escopofilia del protagonista revela que ver implica vulnerabilidad y riesgo. La desaparición espectraliza víctimas y sobrevivientes, transformando la experiencia individual en duelo colectivo y denuncia estructural.

El segundo capítulo analiza el cine colombiano contemporáneo a partir de *La sirga*, *Violencia* y *Oscuro animal*, de William Vega, Jorge Forero y Felipe Guerrero, respectivamente. Estas películas se alejan de convenciones narrativas tradicionales y privilegian planos largos, silencios prolongados, atmósferas densas y narración fragmentaria que rehúye la espectacularización del conflicto. Herencia del neorrealismo italiano y del Nuevo Cine Latinoamericano – o del Tercer Cine y en rechazo a la llamada “pornomiseria” – estas cintas proponen una experiencia perceptiva marcada por la incertidumbre pero reclaman reflexión, denuncia.

La imagen borrosa, la oscuridad, la escasez de diálogos —*Oscuro animal* se reduce a sonoridad ambiental— y los close-ups del rostro femenino lloroso en lugar del cuerpo-objeto transforman la percepción en una experiencia háptica y multisensorial, rompiendo con la mirada escopofílica y obligando al espectador a confrontar vulnerabilidad y el duelo. El paisaje inaccesible de La Cocha, la estructura fragmentaria de *Violencia* y el silencio en *Oscuro animal* impiden el consumo fácil del horror y cuestionan los regímenes visuales dominantes.

El tercer capítulo aborda las artes visuales a partir de Juan Manuel Echavarría, Beatriz González y Erika Diettes. En diálogo con Judith Butler sobre las “vidas lloradas”, Martínez sostiene que prohibir el duelo equivale a deshumanizar. Instalaciones y proyectos como *Río abajo*, *Sudarios* y *Relicarios* de Diettes, *Réquiem NN* de Echavarría o *Auras anónimas* de González reinscriben nombres, restos y testimonios en el espacio público, transformándolos en presencias espectrales que no buscan cerrar la herida, sino mantenerla visible como

exigencia de justicia. La espectralidad opera como estrategia ética que subvierte el mandato del silencio y convierte el acto estético en práctica de reparación simbólica.

Uno de los mayores aciertos del libro es la coherencia de su arquitectura conceptual. Literatura, cine y artes visuales se articulan bajo una lógica común donde lo desaparecido reaparece como presencia insistente, sin diluir las especificidades de cada medio. Martínez evita la simplificación moralizante del conflicto y rechaza las narrativas complacientes de reconciliación, sosteniendo que la violencia histórica no puede clausurarse mediante discursos de superación lineal. La amplitud del corpus, la precisión analítica y la consistencia metodológica convierten el estudio en un aporte sólido a los estudios culturales latinoamericanos.

El epílogo refuerza esta lectura al incorporar el “continuum de violencia” de Philippe Bourgois para pensar la persistencia de dinámicas estructurales en el llamado “posconflicto” colombiano. Desde esta perspectiva, el realismo espectral no es solo una categoría estética, sino una herramienta crítica capaz de iluminar nuevas formas de exclusión y despojo, así como de recuperar las voces silenciadas de desaparecidos y desplazados. En última instancia, Más allá del fantasma demuestra que el espectro no es una metáfora ornamental, sino el núcleo operativo de la obra: una lógica de efectos —desplazamientos, interrupciones y fracturas temporales— que desestabiliza los regímenes dominantes de representación. Más que expulsar a los fantasmas, el libro nos invita a escucharlos —más que a verlos—; y en esa escucha, incómoda, fragmentaria y persistente, reside la dimensión más profunda y necesaria de su propuesta.

Obras citadas

- Bourgois, Philippe. “The Continuum of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador”. En: *Violence in War and Peace: An Anthology*, Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois, ed. Oxford, UK: Basil Blackwell, 2017, 425-434.
- Butler, Judith. *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. Nueva York: Verso, 2006.
- Derrida, Jacques. Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional. Alarcón, José Miguel y Cristina de Peretti (trad.). Valladolid: Editorial Trotta, 1998.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Massumi, Brian (trad.). Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- Gordon, Avery. *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008.
- Mulvey, Laura. “Visual Pleasure and Narrative Cinema”. *Screen*. Otoño de 1975;16:3:6-18.
- Rosero, Evelio. *En el lejero*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003.
- Los ejércitos. Barcelona: Tusquets Editores, 2007.